

PALABRAS DEL VICEPRESIDENTE
ENRIQUE BOLAÑOS GEYER
ANTE EL SEMINARIO SOBRE INTEGRACIÓN SOCIAL
Managua 26 de Marzo de 1998

- Amigos todos

Me es muy grato participar en la clausura de este "Seminario —de alto nivel— de Integración Centroamericana". Es una etapa más del proceso de acercamiento gradual, que los centroamericanos vamos teniendo de cara al futuro. La globalización, que a todos nos está animando para hacer del mundo una aldea que nos permita compartir experiencias y sabidurías humanas más de cerca, comienza en Centroamérica por una nueva vinculación, una vez más, de nuestras sociedades, de nuestras instituciones, de nuestros intereses comunes.

La integración, tal como la entendemos los nicaragüenses, es la suma de nuestras similitudes y necesidades comunes, pero manteniendo nuestras particularidades. Es un proceso social, pero que no priva a nadie de su identidad cultural. Este proceso trata de sumar y no de restar; incorpora, no sustituye ni valores, ni idiosincrasias, ni modos de vida. En suma, nuestra riqueza estriba en nuestra diversidad histórica, cultural, arqueológica, étnica, económica y ambiental.

Lo interesante de este proceso es que encuentra a actores ya identificados entre sí, a individuos que compartimos una geografía desde hace siglos. Nunca se ha pretendido que sea una integración forzada —por decreto, como dirían los juristas. No. Es un proceso natural que desea enfrentar problemas regionales comunes, tal como la pobreza, la contaminación ambiental, la delincuencia, la falta de servicios básicos, y todos los dramas que se originan de las migraciones forzadas por las condiciones inapropiadas de vida.

Pero, en esta ocasión voy a tocar, con el permiso de ustedes, un punto que nuestro gobierno ha considerado importante para el desarrollo de nuestra sociedad nicaragüense, y creemos que puede ser retomado para que lo asumamos en el contexto regional centroamericano.

La base del desarrollo es la creación de una economía vigorosa, todo con el objetivo de servir al bienestar humano. Esa es la condición "sine que non"; es indiscutible. Pero en el centro de esa economía, como motor, como eje, como sujeto de la misma, está el hombre —la persona humana.

Creo que fue el Banco Mundial el que dio a luz, hace poco, una lista de los países en orden de índice de desarrollo humano en América Latina y el Caribe. En esa lista de 32 países, Nicaragua ocupa el puesto número 31, y en el contexto mundial ocupa el número 127. No es de interés en este foro el señalar culpables. Aquí sólo interesa preguntarnos: ¿Qué podemos hacer para que los nicaragüenses salgamos de esta lamentable situación? ¿Cuál debe ser nuestra principal actitud —de cada uno— para corregir esta situación?

Podemos llevar un caballo al abrevadero, pero no lo podemos forzar a beber el agua. Es por ello que nuestra política se basa en que el gobierno apenas debe ser "facilitador"; ya el gobierno no debe ser productor, agricultor, comerciante ni industrial. Abanderamos la creación de un ambiente efectivo que enseñe y convenza que cada uno debe ser el artífice de la solución de sus propios problemas; que sólo nosotros podemos salvarnos a nosotros mismos; y que se debe estimular al individuo y a las sociedades intermedias para que cumplan con el deber de hacer lo que esté al alcance de sus fuerzas antes de solicitar o permitir la ayuda del Estado.

Con esta actitud no estamos propiciando el egoísmo individualista, sino actitudes de autoayuda, de responsabilidad por el yo que al final es el elemento más importante en la suma total que nos constituye. Es más bien una máxima moral. La sociedad debe propiciarse el aforismo cristiano "ayúdate-que-yo-te-ayudaré".

Estamos proponiendo un camino intermedio —para utilizar la razón aristotélica— y no sugerir extremos como el colectivismo, que tanto daño le ha causado a Nicaragua, ni el egoísmo deshumanizante de ego superlativo, del otro extremo.

Hay un proverbio chino que muchos de ustedes conocen que dice que “si quieres hacerle un bien a un hombre por un día, dale un pez; si quieres hacerle un bien para mucho tiempo, enséñale a pescar; si quieres hacerle un bien para toda la vida, edúcalo”.

Nuestra propuesta es una suma de los dos últimos axiomas de esa gran moraleja oriental.

La mejor manera de buscar el camino hacia el desarrollo, es comenzar por identificar los antivalores culturales, antropológicos y sociales que han frenado nuestro “ser mejores”. El Dr. Emilio Alvarez Montalván, canciller de este gobierno, y un eminente oftalmólogo y politólogo nicaragüense, ha indicado en un ensayo sobre los vicios en la cultura política del nicaragüense, que el paternalismo es uno de los más grandes antivalores que nosotros hemos adoptado dentro de nuestra genética social.

El paternalismo del estado, y también del individuo a individuo, ha adormecido el desarrollo de nuestras potencialidades, ha descuidado nuestro “ser responsables”, nos hace sentirnos sometido al amparo del que detenta el poder y a la influencia de la autoridad.

La respuesta al vicio del paternalismo es simple: Comencemos a enseñarle al nuevo ciudadano el nuevo sentido responsable de la autosuficiencia.

Tal vez esto tenga alguna relación con el deseo de propiciarle al ser humano un nuevo sentido de responsabilidad a partir de una virtud: que nos enseñe la autosostenibilidad y el ahorro. Es una virtud que se puede parecer un poco a la frugalidad, pero no es la frugalidad, sino algo más que intenta crear los propios medios para vivir sin pedir, sin extender la mano. Es una virtud dignificante que nos hace dueños de nuestro destino.

El antropólogo judío-alemán Franz Boas en una investigación que realizó en los Estados Unidos, demostró que hay una primacía del ambiente sobre la raza, muy contrariamente a la tesis que “razas diferentes manifestaban diferentes niveles de inteligencia”. Es decir, que nosotros podemos hacer a un hombre mejor a partir de un medio ambiente en el que haya una educación de calidad, que enseñe los valores del desarrollo. Y es que las naciones que han logrado buen grado de desarrollo (y desarrollo no es más que el bienestar del pueblo) son aquellas que han vivido más un conjunto de valores muy específicos.

Octavio Mavila, escritor y empresario peruano autor de un folletito titulado “El Decálogo del Desarrollo”, sustenta la tesis de que para el desarrollo el hombre necesita el hábito de los valores tales como la puntualidad, el orden, el afán de superación, el respeto a las leyes y reglamentos, la honestidad, y otros. Estos se encuentran bien entronizados en cada una de las sociedades que hoy día podemos llamar más exitosas. A mí me complace mucho ver que el Ministerio de Educación de Nicaragua tiene incorporado a su curriculum este decálogo. En casi todas las escuelas del país está desplegado en afiches o cartulinas confeccionados localmente.

El nicaragüense, en suma no es el producto de un determinismo genético que no nos permite cambiar. Podemos cambiar y debemos empezar hoy mismo. Esto es consonante con la tesis del filósofo político norteamericano Francis Fukuyama que sostiene que “el comportamiento humano está moldeado por una combinación de la biología y el medio ambiente.”

Yo creo que para comenzar este proceso de fortalecimiento de las capacidades individuales para el autosostenimiento y la creencia en la actitud responsable del individuo, debemos partir de una sola premisa, que sé que va a aplacar muchas expectativas, pero que es necesaria aclarar.

Yo comparto la tesis del filósofo Karl Popper que “... la felicidad no es una de las obligaciones de los gobiernos”. Sería volver al paternalismo como vicio, asumir que los gobiernos lo deben hacer todo.

Es cierto, el gobierno tiene una responsabilidad de hacer que las reglas del juego sean claras, justas y propicien la igualdad de oportunidades para todos —esta es una máxima liberal. Pero, desde luego, no debemos olvidar a los vulnerables, a los minusválidos, a los ancianos, a los niños de la calle, a los desprotegidos.

Comparto, la tesis de Mario Vargas Llosa en su famoso ensayo “La cultura de la Libertad” —y lo cito— “...los que tratan de conquistar (la felicidad) esos gobiernos ‘holísticos’, como los de Fidel Castro, y los dictadores chinos (...) tienden a convertir su respectiva sociedad en un infierno. La felicidad, que es misteriosa y variable como la poesía, sólo le atañe a uno mismo y a sus más allegados (...)”.

El hombre es motor de la historia, de la economía, de las ciencias. Es la razón de ser de nuestro Dios. En suma, como decía Protágoras, “es la medida de todas las cosas”. Fortalezcámoslo.

Las revoluciones han fracasado porque han intentado cambiar a las sociedades enteras. Yo creo, como Ghandi, que la mejor revolución comienza en el yo. Después va a crecer, va a trascender. Entonces, podremos decir que podemos integrarnos mejor.

Es fundamental que para hacer crecer a la humanidad, debemos hacer crecer al hombre. De ello estaremos todos alegres cuando empiece a ser realidad.

Que Dios bendiga a Nicaragua. Gracias.